



Ecos de ETHENUM

Autor: Altair stela

Categoría: Ciencia ficción

Publicado el: 11/01/2026

El aterrizaje fue impecable. No fue un choque, al menos no en el sentido tradicional. Más bien, fue como un suspiro, un metal que se posaba suavemente sobre algo blando y flexible. Polvo, según indicaban los sensores, pero el polvo de Ethernun no se parecía en nada a lo que había visto durante el entrenamiento. No era granulado, ni arenoso. Se sentía... como... ceniza. Ceniza pastosa y fría. Aunque, "ceniza" tal vez no fuera la mejor manera de describirlo.

Las sirenas de alerta roja apenas habían dejado de sonar cuando el silencio se apoderó del lugar. Un silencio absoluto. Una ausencia total del zumbido de la nave y del sibido del soporte vital, tan repentina y desacostumbrada que me oprimía los tímpanos como si fuera un peso físico. Y entonces, comenzaron los misteriosos aullidos. No a través de las comunicaciones internas, sino por los micrófonos exteriores de la nave. O tal vez, desde lo más profundo de mi mente.

Un coro de desesperación. Una cacofonía de angustia. De agonía ilimitada. Gemidos que atacaban mi cordura, gritos que desgarraban mi alma y un lamento constante que parecía el llanto de miles de seres torturados. No procedían de un lugar específico. No tenían dirección. Estaban por todas partes.

—¿Base?, ¿me escuchan? Soy el capitán Daniel Rostov, informando sobre el aterrizaje. Algo ha fallado. ¡Revisen los sistemas... revisen los sistemas! —Mi voz sonaba débil, quebradiza, ahogada por los gritos que me rodeaban. Solo había estática. Solo estática.

Revisé yo mismo los diagnósticos. Todos los sistemas, uno tras otro, habían dejado de funcionar . Todo apagado. El soporte vital, la navegación, las comunicaciones, incluso la baliza de emergencia. Todo desconectado. Un fallo en cadena, demasiado rápido, demasiado completo para ser un simple mal funcionamiento. Se sentía... deliberado. Como si Ethernium no quisiera dejarme escapar.

Meforcé a ponerme el traje, y el ritual familiar me brindó un poco de consuelo. El casco se selló con un siseo, aislando la sensación inmediata de ahogo por la falta de oxígeno ,pero no los sonidos. Seguían ahí, reverberando cada vez más fuerte con cada segundo que pasaba.

La rampa descendió con un crujido, revelando un paisaje sumido en un crepúsculo eterno. El cielo no era negro, sino de un tono verdoso, amoratado y enfermizo, cubierto por nubes arremolinadas, como un humo denso que ocultaba las estrellas. El suelo no era roca ni arena, sino una superficie esponjosa y blanda que se hundía bajo mis botas con un chapoteo irritante. Árboles retorcidos y esqueléticos arañaban la capa nubosa, con sus ramas desnudas y contorsionadas como los miembros de almas torturadas.

Era un paisaje esculpido por la desolación

Cada paso que daba llenaba mi mente con una nueva oleada de agonía. Los gritos se intensificaron, transformándose en voces inconfundibles, suplicantes y acusadoras. Oí el sollozo de un niño, el gemido desconsolado de una mujer, el rugido gutural de dolor de un hombre. No hablaban un idioma que yo reconociera, pero los entendía a la perfección. Eran el lenguaje universal de la desesperación.

—¿Hola? —grité con voz temblorosa—. ¿Hay alguien ahí?

La única respuesta fue un coro de lamentos que se expandía desde el corazón de aquel mundo.

Activé los focos de mi casco, cuyo haz atravesó la penumbra. Y entonces los vi.

No eran criaturas, ni seres. Eran impresiones. Hologramas. Figuras brillantes y translúcidas, retorciéndose de manera atroz en un tormento silencioso. No eran sólidas, pero tampoco ilusiones. Eran... ecos. Huellas residuales de un sufrimiento inimaginable, aferradas a este planeta yermo.

Una figura, una mujer de cabello largo y suelto, se acercó a mí, su mano atravesó mi brazo. Una ráfaga gélida me invadió, y sentí su dolor, su pérdida, su absoluta desesperanza. Fue abrumador. Retrocedí tambaleándome, jadeando, con una respiración sofocante.

Ahora lo entendía. Ethernun no era solo un planeta. Era un depósito. Una prisión. La condenación, en mayúsculas.

Un vertedero para la adyección y la crueldad de innumerables mundos, de incontables seres. Y yo, Daniel Rostov, excombatiente de la última y más devastadora guerra mundial del siglo XXIII, comprendí que acababa de cruzar las puertas del infierno.

La nave, mi única esperanza de escapar, estaba muerta. Las comunicaciones no respondían. Estaba solo, a la deriva en un océano de sufrimiento, sin manera de silenciar los alardos.

Intenté encontrar una lógica, una explicación científica. Pero no había nada. Esto no era física, ni biología. Era algo... más antiguo. Una anomalía inexplicable. Algo que estaba fundamentalmente

mal.

Tambaleante caí de rodillas. El suelo esponjoso absorbió mi peso. Las voces giraban a mi alrededor, un torbellino de desesperación. No intentaban hacerme daño, al menos no físicamente. Buscaban compartir su castigo. Querían sumar mi sufrimiento a su coro interminable.

Sentí que me rompía por dentro

El último pensamiento claro que tuve fue una revelación escalofriante: Ethernum no necesitaba atraparte. Eran tus inexcusables actos del pasado los que te encaminaban indefectiblemente hacia tal destino. El remordimiento. La culpa. Tú mismo tormento emocional te señalaba. Sus víctimas no eran elegidas al azar. De alguna manera, detectaba tus pecados y te seleccionaba. Luego tan solo esperaba que tú conciencia te guiará hacia su órbita ...vivo o ...muerto.

Mis alaridos se unieron al resto. Su terrible dolor se hizo mío y el mío suyo

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Altair stela](#)

Más relatos de la categoría: [Ciencia ficción](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)